

Educación en la Venezuela de hoy

Recrear la escuela desde el protagonismo de sus integrantes

Trina Bajo Colomé*



COMUNICACIONES GUMILLA

El sistema educativo entró en una etapa de ruina total producto de las políticas erradas del socialismo del siglo XXI: no hay infraestructura, los alumnos no tienen qué comer, ni pueden acceder a libros y, muy probablemente, los maestros criollos son los peores pagados del continente. . . Reconstruir la escuela que necesitamos, pues, parte de comprender el todo

Cuando abordamos el proyecto Convivencia Democrática en Centros Educativos con la intencionalidad de disminuir el incremento en los niveles de violencia de cuatro escuelas de las parroquias La Vega y La Rinconada, colocamos como protagonistas por excelencia a sus estudiantes de media, diversificada y técnica. Estudiantes con familias concretas, las cuales a su vez hacen parte de comunidades específicas que no siempre corresponden a la ubicación geográfica donde se insertan dichos colegios.

En la situación actual de crisis humanitaria compleja que vive nuestro país, la ejecución de este proyecto para disminuir las cuotas de violencia, dentro y fuera de las aulas, supone una gran dosis de discernimiento y de creatividad para enfrentar a la corriente dominante de una sociedad donde no hay derecho que se tenga en pie.

¿Pero es posible en Venezuela recrear una escuela que sea plataforma para la vivencia de procesos de construcción de ciudadanía? ¿Una escuela que eduque para una cultura de paz en medio de contextos de tanta y variada violencia? ¿Habría proyecto válido en esta situación en la cual ya no se puede hablar en términos de escuela tal como hablábamos apenas hace cinco años? Vayamos por parte.

LA ESCUELA QUE NECESITAMOS

Una escuela –formalmente hablando– necesita niños y adolescentes quienes a su vez precisan familias que acompañen sus procesos de madurez y crecimiento. Necesita maestros que puedan invertir tiempo en planear, desarrollar y ejecutar procesos de enseñanza y aprendizaje con esos estudiantes y sus familias. Al mismo tiempo, esa escuela requiere apoyarse en una comunidad con quien pueda compartir proyectos que reviertan en vida para todos quienes van relacionándose de manera humanizadora en –y a través de– ella.

Nuestros centros educativos se ven afectados profundamente por los cambios socioeconómicos y políticos que trastornan las dinámicas escolares y conducen a una realidad distinta, una que ya no calza con los presupuestos estructurales a los cuales queremos seguir tercamente aferrados.

La imagen de una escuela pintada con la paleta de unas décadas atrás, choca con la situación actual donde los equipos directivos, junto a sus maestros, hacen frente a la estampida de niños que se van del barrio o que sencillamente no tienen cómo mantenerse dentro del sistema educativo formal según los parámetros de antaño.

LA VOLUNTAD DE RESISTIR

En el último año escolar, la disyuntiva de continuar en sus puestos de trabajo o buscar alternativas para sobrevivir ellos y sus familias emborronó las planificaciones de no pocos profesores. La estampida migratoria, sólidamente documentada con las estadísticas que proporcionan los informes de gestión de las escuelas de la red Fe y Alegría, fue despoblando de preguntas y risas infantiles los ámbitos escolares antes tan solicitados de cupo apenas el año doblaba la esquina de la Semana Santa.

¿Y por qué no se va, sin embargo, ese puñado de docentes tan vulnerables y vulnerados en sus derechos como sus estudiantes y sus familias? “Porque sentimos que perdemos más si dejamos la escuela. Ya no tendríamos esta relación con los niños que nos da vida y nos sostiene aun en medio del hambre y las carencias”. La respuesta nos deja sin palabras. A estos educadores las corrientes desesperanzadoras de la sociedad, dominada por el egoísmo y avaricia crecientes, ciertamente los afectan y mucho, pero no cambian su determinación por transformar la realidad que viven en un mundo de justicia y fraternidad, cada vez más humano y humanizador.

Aún así, los liceos caraqueños se van quedando con un poco menos de la mitad de sus docentes desde mediados del pasado año escolar. Ante la emergencia, varios de los que pertenecen a Fe y Alegría han apelado a su alianza formativa con las mamás de sus estudiantes, al menos en primaria. La cosa se complica en bachillerato pues a finales de agosto del presente año, muchos docentes manifestaron su decisión de no regresar al colegio.

Las familias han emigrado a otros países buscando mejores oportunidades para mantener a sus hijos, a quienes dejan con la promesa de que volverán. Mientras se esfuerzan por enviar algo de dinero para comer y para que puedan estudiar, estos chicos quedan a cargo —en el mejor de los casos— de abuelas o tías y hasta vecinos; el resto queda solo, a cargo de nadie. La calle será su escuela y sus maestros la viveza y el abandono que aguzan el ingenio. También —aun-

que dolorosamente— el resentimiento y la tristeza que se enroscan en el alma y deshumanizan sus procesos de crecimiento personal.

Ante este panorama tan poco alentador, se han encendido las alarmas: los equipos directivos de zona y los colegios agudizan sus destrezas y buscan herramientas metodológicas para abordar un proceso de enseñanza-aprendizaje tan atípico, con semejantes condiciones y rasgos de resiliencia tan altos, como los de sus protagonistas que bregan contra el hambre, la inseguridad y la desesperanza.

Los educadores populares de Fe y Alegría, con un modelo que tiene nombre y apellido y también un sistema de mejora para monitorear la ruta trazada hacia una educación de calidad, se enfrentan a un huracán que emerge, no del nublado cielo del Caribe o del Atlántico, sino de todos los puntos cardinales de esta geografía “al norte del sur” y desde las entrañas del mismo sistema educativo.

También el Gobierno piensa desde hace rato cómo poner remedio a la falta de maestros y “se inventa” un plan para formar *a toda máquina* los docentes que faltan y se echan de menos. Las críticas no tardan mucho en llover con furia sobre estos ensayos, haciendo el clima educativo más borrascoso, si cabe. Pero no es este el momento de torpedear los peñeros vecinos, sino de pensar cómo sortear las olas sin ahogarse y socorrer a los naufragos.

¿Cómo educar en estas condiciones manteniendo la calidad de los procesos educativos para ir constituyéndonos en ciudadanos competentes que resuelven conflictos cotidianos y extraordinarios de forma pacífica? ¿Cómo hacernos defensores incansables de una paz que no es ausencia de problemas, sino un compromiso auténtico con los derechos de todos y en especial de los más vulnerables?



COMUNICACIONES GUMILLA

URGE REINVENTARNOS

Repensar cómo queremos que sea la escuela de hoy en Venezuela, emerge como un desafío al derecho primero que tenemos los seres humanos: el derecho a la vida. Hay que mirar este derecho desde múltiples ángulos. Poder tener acceso a la alimentación, a la educación, a la vivienda, a la salud, a una identidad y, en definitiva, a estar vivos y transmitir esa vida, precisa que nos dediquemos a organizar nuestros saberes y compartirlos desde un modelo educativo que sea eficaz y eficiente en los tiempos revueltos que vivimos.

Las coordenadas actuales del país y del mundo nos obligan a inventar una escuela diferente a la que hemos tenido. No es solo que nuestra escuela no puede darse el lujo de distraerse en lo que no le toca, sino que tiene que cambiar la manera de pensar sobre qué es lo que la distrae y qué le toca. Necesitamos menos burocracia y más sistematización de una práctica pedagógica compasiva, que nos lleve a sentir con estas familias sus angustias y sufrimientos, sus alegrías y esperanzas, sus sueños y realizaciones.

Una práctica que ha ido fortaleciéndose, a propósito de desarrollar este proyecto de Convivencia Democrática en Centros Educativos, es ofrecer a sus participantes espacios para pensar que otra escuela es no solo posible, sino necesaria. Más allá de quejarse por lo difícil que es mantenerse ejerciendo su oficio, estos espacios, que hemos dado en llamar “espacios verdes”, han servido a los docentes animadores del proyecto en las escuelas para percibir el arado de hierro de tantas afectaciones, como surcos abiertos que transforman a quienes sostienen en sus frágiles manos la primigenia vocación de educadores.

DISEÑAR UNA NUEVA RUTA

Fortalecer las familias con experiencias de parentalidad positiva, construir en los centros educativos, en las familias, en nuestros barrios, acuerdos de convivencia a través de la práctica de la disciplina restaurativa, son apenas dos líneas de trabajo para repensar la escuela que necesitamos hoy en Venezuela.

Necesitamos construir la ruta de una cultura democrática desde la escuela, en este momento que la gestión educativa de la misma debe hacerse como una respuesta eficaz para la construcción de una cultura de paz que venza –a fuerza de bien– el mal de la violencia engendrada por una corriente dominante de individualismo feroz.

Pero no podemos entender esa ruta si la escuela no se deconstruye de los conceptos que hoy ya no responden a los contextos de crisis humanitaria compleja que vivimos. Pensar la escuela y refundar su estructura es una necesidad que pasa por organizarla de manera distinta, aunque todavía no sabemos bien cómo, pero estamos se-

guros que hay que pensarla diferente..., porque no vale –según cuenta el texto bíblico– andar como los israelitas en Egipto suspirando por las cebollas que comían estando en el cautiverio.

CULTIVAR EL DIÁLOGO Y LA INCLUSIÓN

Soñar el país desde los parámetros de una educación de calidad es estructurar la escuela de una nueva manera, para que adquieran fuerza esas relaciones humanizadoras que practican ya no pocos venezolanos. Ella surge con apasionada belleza cuando escuchamos a los jóvenes de los colegios del proyecto con sincero respeto, sin autoritarismos que no dan resultado más que a corto plazo y luego dejan cicatrices en el alma.

Alguien dijo una vez que la verdadera pobreza es la falta de organización. Esto podría aplicarse en alguna medida a la educación venezolana tal como está hoy. Por eso organizar los estamentos de la escuela para hacer de ella un *centro educativo comunitario integral*, no es simplemente rebautizar la escuela con ese nombre, sino “obrar ese nombre” y hacer de ella un lugar para el intercambio de saberes donde se cultive el diálogo y la *inclusión negativa* al estilo de Jesús de Nazaret. Él propuso invitar a los ciegos, los mudos, los lisiados, los pobres y dejar a un lado nuestro falso “yo” que demanda privilegios que no tienen aquellos a quienes servimos. Un lugar para recrear emprendimientos no competitivos que entretejen los esfuerzos de muchos, dispuestos a construir una red de justicia y solidaridad que pueda reunir una ingente cantidad de personas cada vez más humanas, más hermanas y más dueñas de su libertad liberada.

*Educatora. Coordinadora general del proyecto Convivencia Democrática en Centros Educativos.